

¡Oh, Dios infinitamente misericordioso!, que habéis querido darnos para nuestro consuelo, entre tantas miserias, el alivio de algún gusto, contento y alegría: concedednos que todos nuestros contentos y gozos en esta vida siempre se dirijan á Vos, para que por éstos, pequeños y breves, pasemos á los eternos de vuestra gloria, donde ningún temor ni disgusto perturbará nuestra alegría.



Alegrías y placeres.

Dios no nos prohíbe las alegrías y placeres razonables que son conformes á nuestro estado; antes nos

llevan consigo algún pecado mortal ó venial? Mira, pues, tú cuantas palabras has dicho de murmuración, de injuria, de impaciencia, de mal-



AGOSTO

(Flor: *Azahar.*)

Pensamientos y palabras.

§ I

Nuestros pensamientos.

SON las palabras interiores de nuestra alma, la lengua nada externa que el entendimiento no haya concebido. Por tanto, conviene poner tanta atención sobre nuestros pensamientos como sobre nuestras palabras, porque éstas son reguladas por aquéllos, y, como dice el Salvador: «La boca habla de la abundancia del corazón.» El peligro de tener malos pensamientos y de

¡Oh, Dios infinitamente misericordioso!, que habéis querido darnos para nuestro consuelo, entre tantas miserias, el alivio de algún gusto,

consentir en ellos es de tanta importancia, que ningún cuidado que pongamos en regular nuestros pensamientos será sobrado. Porque el demonio, valiéndose de las especies que hay en nuestra imaginación, de improviso nos excita el mal pensamiento, y con él, al principio, casi insensiblemente nos sugiere una ligera complacencia, de la cual, si estamos descuidados, solemos pasar al entero consentimiento. Conviene, pues, que estemos en vela sobre nuestros pensamientos para que, conociendo la astucia del enemigo, al punto que el mal pensamiento se nos ofrece con toda presteza lo desechemos, divirtiendo la imaginación á fijarse en otra cosa, con que quedará frustrado el intento de nuestro adversario. Pero dejando los pensamientos gravemente culpables, ¿cuántas otras maneras de pensamientos pasan por su inteligencia en un solo día? ¿Cuántos

llevan consigo algún pecado mortal ó venial? Mira, pues, tú cuantas palabras has dicho de murmuración, de injuria, de impaciencia, de mal-

pensamientos de vanidad, de presunción, de despecho, de cólera, de venganza, de sensualidad, de gula, de amor propio, de complacencia y de toda suerte de impertinencias se forman en ti? ¿Ha habido jamás quimera más extravagante que tus pensamientos? Sin duda que padecerías gran confusión si alguno viera en tu cerebro la diversidad de pensamientos que pasan por él, y van y vienen como las nubes por el viento. No hablo de los pensamientos gravemente malos, de los cuales las almas virtuosas huyen como del Infierno, sino de las extravagancias que tú no te atreverías á descubrir á los hombres y tienes descubiertas á tu Criador. Porque tú no ignoras que Dios está presente en todas las cosas, y penetra lo más profundo de tu alma, y ve clarísimamente en ella el más remoto pensamiento. ¿Dónde, pues, está el respeto debido á su Divina Majestad cuando tú

¡Oh, Dios infinitamente misericordioso!, que habéis querido darnos para nuestro consuelo, entre tantas miserias, el alivio de algún gusto,

estás en su presencia divertida con tantos pensamientos inútiles y extravagantes? ¿No crees que es tu Juez, y que te ha de pedir estrecha cuenta, á la hora de la muerte, de todo, y que no menos los pensamientos ociosos que las palabras ociosas son materia de su justicia? Entra, pues, dentro de ti misma, y arroja lejos de ti ese montón desordenado de pensamientos impertinentes que te abruma. Porque no es bien que tu alma, siendo tan noble y excelente, se abata y ocupe en cosas tan indignas de su nobleza. Ella trata muchas veces, y puede tratar siempre que quiera, con Dios por medio de la oración. ¿Y tú quieres hacerla esclava de tus pensamientos, entregándola con advertencia á todas las fantasías desatregadas que se le ofrecen? Habiendo tantas cosas razonables, hermosas, útiles y santas que pueden dignamente ocupar tu alma, ¿por qué

llevan consigo algún pecado mortal ó venial? Mira, pues, tú cuantas palabras has dicho de murmuración, de injuria, de impaciencia, de mal-

la dejas tú que se llene de cosas tan bajas y viles y tan inútiles? Para sanar de este mal y corregir este desorden, acostúmbrate á practicar la presencia de Dios. En todo tiempo y en todo lugar haz muchas veces actos de fe de que Dios está presente, que te ve y penetra todos los movimientos del alma, que te está pidiendo el respeto debido á su grandeza, y que para Él tus pensamientos son palabras. Lo cual supuesto, no querrás tú tener aquellos pensamientos que pueda Él justamente condenar algún día.

Suplica al ángel de tu guarda que te ayude á regular tus pensamientos. El está siempre contigo, cuidando siempre y procurando la salud y perfección de tu alma; y si fuera capaz de dolor, lo tuviera grande al verte enredada en cosas tan impertinentes.

Él no tiene menor poder para echar de ti los pensamientos malos

¡Oh, Dios infinitamente misericordioso!, que habéis querido darnos para nuestro consuelo, entre tantas miserias, el alivio de algún gusto,

que tiene el demonio para sugerirte los.

Acógete á Él considerándolo siempre á tu lado pronto para asistirte, pídele que te ayude, y recibe con sumisión y prontitud los pensamientos que Él con su amor purísimo te sugerirá.

§ II

Nuestras palabras.

De los pensamientos venimos frecuentemente á las palabras, y las palabras no son otra cosa que la expresión de los pensamientos; conviene asimismo considerarlas, y ver en qué errores ó desaciertos muchas veces nuestras palabras nos han precipitado. El Salvador nos tiene dicho que no ha de haber en nosotros palabra ociosa de la cual no demos cuenta en su tribunal. Pues ¿qué será de las palabras que

llevan consigo algún pecado mortal ó venial? Mira, pues, tú cuantas palabras has dicho de murmuración, de injuria, de impaciencia, de maldición, de mentira, de vanidad, de envidia, de aversión, de odio, de curiosidad, de vanagloria, de juramento, y avergüénzate de que tu lengua, cuyo empleo debiera ser solamente la verdad, la bondad y las alabanzas de Dios, te haya afeado el alma con tantas miserias. Dente un poco, y reconoce cuántas mentiras habrás dicho en toda tu vida, ya graves, ya leves, con escrúpulo ó sin él. Dios te ha dado el don de la palabra para que descubras á los otros tus sentimientos verdaderos, y tú, abusando con la mentira, por ligera que sea, pecas contra Dios, contra el prójimo y contra ti mismo. — Pasa luego á las palabras ociosas, de las cuales el Salvador ha dicho que ha de ser Juez, y son las que se dicen inútil-

puesto á formar tantas fantasías inútiles, ¿qué provecho has sacado? ¿Puedes agradecer á Dios y merecer con tus pensamientos? Haz que sean

mente y sin algún fin bueno. Considera de cuánta multitud de ellas, á la hora de la muerte, has de dar cuenta en el juicio de Dios : mil veces te ha dado inspiración de que no digas tal ó cuál palabra por ser impertinente y superflua, y tú has pasado adelante con tu intento por satisfacer tu pasión ó tu capricho. Todas estas palabras agravan tu cuenta, te hacen más culpada delante de Dios, y te destinan á las penas con que has de pagarlas. ¡Qué fácilmente dices una palabra, y qué caro te costará en el Purgatorio su paga, donde por largo tiempo lamentarás los desconciertos de tu lengua!

Remedia este mal con su contrario: ten grande estima del silencio.

Aplica tu mortificación á este punto de no decir todas las palabras que se te ofrecen, y nada digas sin primero haberlo pensado. Considera para qué fin vas á decir tal ó cual

tiene dicho que no na de naber en nosotros palabra ociosa de la cual no demos cuenta en su tribunal. Pues ¿qué será de las palabras que

palabra, y serás excusado de ella en el juicio de Dios, cuando ya no tendrás tiempo para borrar con la penitencia tu culpa. Advierte que la palabra, una vez dicha, no puede revocarse, y que es como el tiro que, una vez disparado, ya no es evitable la herida que su golpe causa.

Detente un poco, y considera los juramentos ligeros y las exageraciones inútiles, para guardarte de ellos y de ellas en adelante. Los juramentos pequeños abren el camino para los grandes, é insensiblemente disponen para el perjurio. Dios nos dice que sean nuestras respuestas *si ó no* sencillamente, porque el juntarles juramento, de ordinario es ilícito. Las exageraciones inútiles tienen resabio de mentira, corrompen lo sincero de la verdad y nos enseñan á mentir. Nunca adelantará en la virtud mientras por medio del silencio no fueres dueña de tu lengua. Advierte que las grandes

puesto á formar tantas fantasias inútiles, ¿qué provecho has sacado? ¿Puedes agradar á Dios y merecer con tus pensamientos? Haz que sean

comunicaciones de Dios no se hacen sino á las almas que aman la soledad y el silencio. No se avienen entre sí el hablar mucho y estar recogida en Dios. El silencio es un freno que retiene á nuestra lengua dentro de los términos del deber, y nos dispone para tratar más familiarmente con Dios. Cuántos son los males de que te libra el silencio cuando lo guardas, y cuántos son los bienes que te acarrea, lo sabes bien por la experiencia.—Para alcanzar esta virtud del silencio ocurre á la intercesión de la Santísima Virgen, que fué maravillosa en esta práctica. No se leen en el santo Evangelio sino siete palabras de Ella, que, estando llena de gracia, nos pudo haber dado bellísimas palabras y santos documentos sin peligro de ofender á Dios con la lengua por el privilegio de su exención de toda culpa, y por ser Madre del Verbo eterno sus palabras fue-

tiene dicho que no na ue haber en nosotros palabra ociosa de la cual no demos cuenta en su tribunal. Pues ¿qué será de las palabras que

todo lo que te daña ó no te acomoda; tú empleas todo tu cuidado en librarte del mal que te oprime; tú haces por ti misma otras mil cosas

ran de eterna vida; con todo eso, no lo hizo así, enseñándonos con su ejemplo el santo silencio.

§ III

Fruito de los dos párrafos antecedentes.

Pensamientos míos, detenéos y no salgáis de mí, que dentro hallaréis bastante que considerar. Fijáos en las flaquezas de mi alma y en los achaques de mi cuerpo. Dad una vuelta por mis pasiones, otra por mis faltas ordinarias, y otra por mis pecados cometidos, ya por flaqueza, ya por malicia. ¿Qué vais á buscar fuera de casa teniendo tan amplia materia dentro? ¿Qué te queda, corazón mío, de tantos pensamientos extravagantes? Cuando tú te has puesto á formar tantas fantasías inútiles, ¿qué provecho has sacado? ¿Puedes agradecer á Dios y merecer con tus pensamientos? Haz que sean

comunicaciones de Dios no se hacen sino á las almas que aman la soledad y el silencio. No se avienen entre sí el hablar mucho y estar reco-

tales que le agrade y que merezcas. Trata con el mismo Dios por medio de ellos, y promueve el negocio de tu eterna salvación. Y mientras con ellos puedes subir al cielo, no te arrastres en el polvo de la tierra.

¡Virgen Santísima, Madre de Jesús, mi Salvador!: Vos que fuisteis tan excelente en la virtud santa del silencio y conferenciabais con Vos misma dentro de vuestro Corazón las grandes maravillas de vuestro Hijo, y teniais recogido en vuestra alma aquel inmenso océano de gracias de que estabais tan abundantemente llena, descubridme las excelencias de esta virtud, y echad de ella en mi corazón tan hondas raíces que las violencias del mundo no la puedan desarraigar, y haced que por el amor de vuestro silencio yo ponga un freno en mi lengua que la contenga en su deber.

todo lo que te daña ó no te acomoda; tú empleas todo tu cuidado en librarte del mal que te oprime; tú haces por ti misma otras mil cosas



SEPTIEMBRE

(Flor: *Nardo*.)

Obligaciones cristianas.

§ I

Obligación para con Dios.

CONSIDERA que eres cristiana, y como tal mira bien qué lejos estás de la santidad, á la cual te obliga este noble título de cristiana. Mira cada día si puedes decir, como lo decían los santos mártires: «Yo soy cristiano.» Pregúntate á ti misma: «¿Soy yo cristiana?» Comienza por la obligación que como á cristiana te ata con Dios con una atadura indisoluble, cual es el amor. De-